

En medio de mi pesadumbre, recordaba confusamente las escenas de raptos amorosos que había leído en las novelas y romances que habían caído en mis manos; y se me venían á las mientes los elegantes grabados de dorado marco, que había visto en los muros de algunos salones, donde se ostentaba un gallardo guerrero, moro ó cristiano, que llevaba á la grupa de su veloz cabalgadura una joven lindísima que se abrazaba azorada y cariñosa á su cuerpo robusto, como al álamo la hiedra, en tanto que el enamorado galán blandía en la diestra el acero reluciente, terror de sus enemigos.

Pero todo eso no pasaba de delirio, pues ni era yo guerrero, ni tenía enemigos, ni Lola admitiría huir conmigo, ni podría tenerse en las ancas de mi alazán brioso, ni me estaría bien desnudar el acero contra la Sra. D<sup>ca</sup> Agustina, y ni siquiera, para decirlo de una vez, tenía espada ni caballo.

Preocupábame á la vez en alto grado, la amenaza que me había lanzado la airada señora, según la cual era yo un criminal, saltador de pacíficas moradas, y de cuyas fechorías debería tener conocimiento la justicia para debido escarmiento. Sentíame ya

en las garras de los alguaciles, caminando al presidio ó tal vez á la horca por mis negros pecados. No sin dificultad logré calmar mi agitación, reflexionando que aquello no podía pasar de un mero desahogo, supuesto que hacer pública la aventura, sería entregar á la malignidad de las gentes el nombre inmaculado de Lola; lo que por ningún caso haría la indignada señora, como en efecto, no lo hizo.

## VIII.

### LOS PRIMOS.

Sucedió lo que me esperaba. Desde la mañana funesta en que sorprendió D<sup>ca</sup> Agustina nuestro secreto, y nos pilló en flagrante delito de coloquio aéreo, fuéme ya imposible comunicarme con Lola. Mirábala á las veces cuando salía á misa ó á algún paseo, siempre acompañada de la mamá y del primo D. Tomás. Aquel hombre no se les apartaba un momento; era su misma sombra. Véale entrar en la casa de mi novia á las ocho de la mañana, salir á la una de la tarde, volver á las tres, y no de-

pedirse sino hasta las once de la noche, escoltándolas por donde quiera. El amor me hacía estar en acecho, y enterarme de todos estos detalles.

¡ Con cuánto despecho miraba por las noches, desde la calle, las iluminadas ventanas de la sala de Lola, y oía las alegres voces de las tres personas que adentro departían con el mejor humor del mundo! En tanto yo, como Adán después del pecado, miraba de lejos aquel paraíso donde no me era lícito penetrar, y lanzaba suspiros prolongados y doloridos. Hubiera deseado arrojar metralla por entre las rejas, ó prender fuego á la madera, ó romper los cristales con una buena peladilla de arroyo, á uso y costumbre de cualquier pilluelo. ¿ Por qué habían de estar tan contentos allá dentro, mientras padecía yo en las tinieblas exteriores? ¿ Había algún mandamiento divino ó humano que autorizara á aquella cruel familia á desgarrarme el corazón con tanta frialdad, y á charlar tan alegremente, mientras agonizaba yo como un réprobo á la vista del empíreo?

Pero no había remedio. Las cosas seguían su marcha imperturbable, siempre adversa

á mis votos, sin curarse de mis ruegos ni de mis lágrimas. Ni una palabra de mi rubia adorada, ni una letra que me infundiesen aliento, que me diesen ánimo para esperar.

— Si ella quisiese — me decía — se daría mañana para hablarme alguna vez por la ventana, para escribirme alguna cartita por conducto de una sirviente, para mandarme alguna dulce frase, ó siquiera una florecita, símbolo de su amor y de su constancia. Pero enmudece y no se acuerda de mí; déjame perecer como un naufrago, y no me tiende mano salvadora; tal vez me tiene olvidado, y no se acuerda ya ni de que existo. Sería imposible que no hubiese hallado ni un momento propicio para comunicarse conmigo; su conducta no está exenta de culpa. La crueldad que su madre ejerce en mi contra, cuenta con su aprobación tácita ó expresa. Lola es cómplice de esa negra trama donde perece mi dicha, porque no me quiere ya, y se ha dejado seducir por los halagos del primo ó atemorizar por las amenazas de la madre.

Pensando así, sentía inundado el pecho de congoja, y derramaba lágrimas, con los

ojos clavados en la ventana donde tantas veces había tenido coloquios con la ingrata.

—Todo ha acabado para mí--seguí pensando—, nada me resta en este mundo, sino la desesperación y el desencanto. Lola ha sido para mí la alegría de mi corazón, la esperanza de mi alma, la luz de mis ojos, la felicidad de mi vida; sin ella ¿para qué quiero juventud, afectos, sueños, existencia? Vendría muy á tiempo la muerte si me llexara ahora en sus brazos al tálamo obscuro de la fosa; la inútil vida que se arrastra en medio del desaliento y de la amargura, no merece prolongarse, y debe desaparecer del haz de la tierra.

Solía tener algunas reacciones halagüeñas recordando las dichosas escenas de nuestro amor, las miradas cariñosas de mi amada.

—No--me decía—, no es posible que Lola sea falsa ni traidora. Para suponer que me abandonara tan fácilmente á la desesperación, fuera necesario admitir que abrigase sentimientos pérfidos y desleales, y esto sería absurdo, porque es un ángel por la forma y por el espíritu. La pobrecilla, amedrentada por la ira materna y obedeciendo á su índole dulce y tímida, has visto

obligada á ceder y á dominar sus sentimientos; pero seguramente me quiere todavía, y acaso más que nunca, por el llanto que la he costado. Cuando se presente la oportunidad, en el momento menos esperado, harán explosión sus cariñosos y comprimidos afectos, y recibiré crecida y celestial indemnización de todas mis penas.

Pensando así, inundábase de júbilo mi corazón, y las ideas risueñas y brillantes de otros días, aleteaban de nuevo en mi cerebro como mariposas de luz y de colores; pero ante el continuado mutismo de Lola, y ante la tenacidad del cuadro adverso que me rodeaba, pronto decaían mis ideas, y tornaba á sumirme en la postración y en la desconfianza que formaban el fondo de mis pensamientos.

Una tarde en que me hallaba, como de ordinario, apostado en el marco de una puerta frente á las ventanas cerradas de Lola, ví salir de la casa de ésta, á mi tío, el lobo de los juegos de estrado. Por más que pretendí ocultarme, sorprendióme en flagrante delito de espionaje. Dirigióse á mí apresurando el paso, y después de saludarme díjome:

— ¡Todavía te ocupas de Lola,?

Nada le respondí; pero mi visible confusión y el encendido color que me arreboló el semblante, dijéronle más de lo que hubieran podido expresarle mis palabras.

— ¡Alabo tu constancia! A decir verdad, si me hallara en tu caso, hace tiempo que habría abandonado la empresa.

— ¡Por qué, tío?—aventuréme á preguntarle.

— ¡Cómo por qué! Porque hay, como suele decirse, moros en la costa, y vale más emprender una retirada honrosa, que dar al enemigo el placer de la victoria.

— No comprendo— repuse angustiado.

— Hombre, será necesario delectarte las palabras para que entiendas. ¿No ves que hay un primo de por medio?—y guiñó el ojo.

— ¡Y qué?

— Que es primo, y temible sólo por serlo. Además, es hombre formado y puede casar se, mientras tú no pasas de ser un muchacho de esperanzas, pero incapaz de matrimonio por ahora.

— Pero el caso es que Lola no le quiere.

— ¡Estás seguro? ¿quién te lo ha dicho?

— Ella misma.

— ¡Jesús! Con todo, no estés confiado, porque te aseguro no debes estarlo. Ahora mismo salgo de la casa de D<sup>ca</sup> Agustina, á quien he venido á visitar, y he visto al tal primito muy amartelado, casero y satisfecho.

— D<sup>ca</sup> Agustina le quiere; pero á Lola le antipatiza; dice que es muy prieto.....

— ¡Eso dice? Pues tanto peor. Las mujeres dicen lo contrario de lo que sienten. Si pregona tu novia que no puede ver á su primo ni pintado, quiere decir que le tiene metido en el corazón.

— Hágame vd. favor de no decir esas cosas.....

— No te sulfures: la verdad no me gusta verte haciendo papeles ridículos. Al fin eres hijo de mi hermana, y me duele. Los hombres desde pequeños deben tener dignidad. En fin, desearía no decírtelo; pero es indispensable. Lola y tu rival ya se entienden.

Sentí que me faltaba la respiración, y que me ponía muy pálido.

— ¡Por qué lo cree vd?

— Porque los acabo de ver risueños, amables y llenos de contento; y me ha parecido sorprender en los ojos de Lola cuando

le veía, cierta mirada de inteligencia. No puedo dar detalles; pero de la escena que acabo de presenciar, se desprende que el enemigo va haciéndose dueño de la plaza poco á poco y cautelosamente.

.....  
¡Mal hayan mil veces las primos de las muchachas bonitas, esos maliciosos anfibios que respiran con igual desembarazo el ambiente de la familia y el aire de los otros prójimos, y gozan de lo más florido, así de las prerrogativas que los usos sociales conceden á las parientes, como de las excelencias que las leyes divinas y humanas otorgan á los extraños!

Hanme inspirado siempre negra envidia esas deliciosas posiciones dobles, en que se presenta una faz tan risueña al oriente como al occidente, para recibir el sol constantemente de cara, ya sea que se levante ó que se ponga.

Suponed un salteador de caminos adornado con la augusta investidura del gendarme, y le veréis realizar grandes proezas bajo la bandera de la policía, espigando igualmente en los campos vedados de la propiedad ajena y en los sacratísimos del erario, y mo

fándose tanto del orden público como del privado. Si alguien grita á sus oídos ¡al ladrón! él replica ¡soy el gendarme!; si alguien le dice ¡socorro!, él responde ¡soy fra Diavolo!

Es un desideratum que pocos alcanzan, ese hermoso tinte de camaleón, que toma diferentes matices, según los casos, esa encantadora figura de Proteo, que asume diversas formas según sopla el viento de la conveniencia, permitiendo, á merced de variados aspectos, espumar las situaciones más contrarias, y sacar ventaja de los contrastes más extremos y fantásticos.

¡Qué bello ensueño, ser gato mayordomo del unto!

Los primos de las jóvenes hechiceras lo realizan.

Los miráis á distancia, desde la calle, á través de los vidros de las ventanas: van y vienen por todos los rincones del templo de vuestros amores, con la misma naturalidad que si estuviesen en su propia casa; elevan la voz como sacerdotes, ríen como arúspices, tutean á la deidad, aspiran á todo su sabor el perfume que brota de aquella flor que comienza á abrirse; y entretanto,

vosotros que estáis allá afuera, en la vía pública, en medio de la obscuridad y resistiendo la escarcha de la noche, os sentís felices con ver la sombra querida dibujarse en los blancos visillos, y con escuchar el eco de aquella voz que oísteis en sueños, como el canto de un ángel. Vosotros daríais la vida por una mirada de aquellos ojos lánguidos, por una sonrisa de aquellos labios frescos y encendidos; y entre tanto, los primos beben á torrentes los rayos de luz de esas pupilas, y se embriagan con la magia no escaseada de esos halagos.

No está bien, decís, que una joven divina entre en coloquios íntimos con mozos ardientes y atrevidos; más conveniente sería que la diosa no bajase de su pedestal, y que todos la vieran siempre á distancia y con respeto. Pero eso es ridículo, se os replica: ¿no veis que los primos son personas de la familia, no veis que son casi hermanos?

Suelen llegar los primos al himeneo por el caminó de la fraternidad. Pero ¿cómo, murmuráis, si son primos, cómo han de trocarse en esposos?...; ¿Si pertenecen á la misma familia, si son casi hermanos!....

Nada tiene de extraordinario, se os contes-

ta, puesto que en realidad no son hermanos.

De esta manera, son hermanos para la confianza, y extraños para el amor; ingeniosa combinación de aptitudes, que les permite caminar entre dos aguas, desliziéndose bonitamente para donde mejor les conviene, sin responsabilidad ni contratiempo. Armados así para el combate, son enemigos invencibles é invisibles: tienen armadura impenetrable y hacha de armas aterradora. Ahí donde se presentan, queda el campo desierto, suena el clarín, y los reyes de armas los declaran vencedores.

¿Quién puede combatir contra enemigos tan formidables? Son seres de estirpe superior, que participan de dos naturalezas. Cercanos al trono del monarca, asistentes al solio pontificio, pueden cosechar á su placer mercedes y bulas, que ni siquiera soñamos los pobres mortales que vislumbramos la fiesta desde lejos, postrados de hinojos ante el esplendor de la majestad real, que fulgura rodeada de púrpura y de oro.

¿Quién espera á pie firme la acometida de esos gigantes? Ellos esgrimen dardos de

naturaleza misteriosa, que taladran nuestros escudos como si fueren de blanda cera, y nos acechan desde la sombra para darnos el golpe mortal, sin dejarnos siquiera la satisfacción de la batalla. Luchar con ellos es tan insensato como combatir desnudos con leones de Hircanía ó tigres de Bengala.

¡Mal hayan amén los primos de las muchachas bonitas!...! Pero quién fuera uno de ellos!

.....  
Hé aquí lectores, la jaculatoria que entoné en alabanza de esos felicísimos parientes, tan luego como mi tío hubo concluido su relato, y me abandonó frente á las ventanas de Lola, á solas con mi amargura y con mi despecho.

## IX.

### EL BAILE.

Tenía la casa que habitaba mi familia un corredor extenso, largo, ancho y de elevada techumbre; como quien dice, oro molido para gente bailadora.

Formóse por aquellos días una compañía

de jóvenes alegres y de buen humor, que poniendo á contribución sus bolsillos, proyectaron un baile rumboso, al cual deberían ser invitadas todas las familias que veraneaban en San Pedro; y convinieron en que no había sitio más á propósito al efecto, que el corredor de mi casa. Ahí podría caber ampliamente la concurrencia, dejando espacio bastante para que buen número de parejas saltase al compás de la música. Así que fué nombrada una comisión con el objeto de que se acercase á mis padres á suplicarles proporcionasen aquel local para el noble fin indicado.

Resistieron los autores de mis días largo tiempo á los ruegos de la comisión, pues profesaban, y con sobrada justicia, la sabida máxima de que *baile y tocino en la casa del vecino*; pero tales y tan reiteradas fueron las instancias de los comisionados, que acabaron aquellos por otorgar la concesión que se les pedía, poniendo el corredor y algunos otros aposentos á disposición de los organizadores de la fiesta.

Acto continuo comenzaron los preparativos. Condujéronse al local, sillas, espejos, alfombras, lámparas y demás útiles indis-